



ORDO FRANCISCANUS SAECULARIS

Consilium Internationale
Via Vittorio Putti, 4/int. 6 - 00152 Roma
Tel. +39 06.45471722 Fax +39 06.45473094
E-mail: ciofs@ciofs.org
www.ciofs.org

Prot. n. 3325

Roma, 17 maio 2021

A todos los hermanos de la Orden Franciscana Seglar

Porque no nos dio el Señor a nosotros, un espíritu de timidez, sino de fortaleza, de caridad y de templanza.¹

Mis queridos hermanos,

¡Que el Señor nos de su paz!

Aún escuchamos en nuestros oídos el anuncio de la Pascua "¡No está aquí, ha resucitado!", y hemos leído en el Evangelio, que Jesús dijo: "si no voy, el Consolador no vendrá a ustedes. Pero si me voy, se lo enviaré".¹ Hace ya más de un año que esperamos que las cosas cambien. Sin embargo, parece que la vida transcurre, día a día, sin cambiar nada. Pero si no vemos algo, no significa que no exista o que no suceda.

Veo, escucho y siento, mis queridos hermanos y hermanas, ¡cuántas dificultades hemos tenido que afrontar!, ¡cuánto luchar en nuestras vidas!... tanto en el sentido espiritual, como en el sentido concreto del día a día. Muchos de ustedes tuvieron que experimentar la enfermedad que puede causar este virus, cuán peligroso, a veces mortal, es. Todos tenemos a alguien a nuestro alrededor, en la familia, en la fraternidad, que sufrió, que tuvo dificultades o incluso falleció. Durante esta pandemia muchas veces nos sentimos impotentes y nos contagiamos de mal humor. ¿Pero estamos realmente indefensos? ¿Son estos temperamentos realmente necesarios? ¿No somos demasiado

¹ Jn 16,7

apáticos? No te preocupes, no somos peores que los discípulos que iban a pescar, pero no pescaron nada². Parecía ser un fracaso total. Más tarde, los discípulos se reunieron detrás de las puertas cerradas, porque a pesar de deshacerse de los romanos, tenían que experimentar el miedo de los judíos.

En el Evangelio para el domingo de Pentecostés podemos leer que Jesús conoce nuestros miedos, nuestra cobardía; está consciente de los muros y cerraduras de nuestros miedos, pero da un paso más allá de estos, para encontrarnos. Nuestros miedos no son un obstáculo para El, y nos está dando su paz, justo detrás de los muros de nuestros miedos, donde nos escondemos. Él ha prometido, varias veces, que el Espíritu Santo vendrá a llenarnos y así cambiarnos. Esta es nuestra esperanza y esto es lo que podemos estar seguros de experimentar cuando más lo necesitamos. ¡Qué alegría es que ni los muros, ni las cerraduras puedan impedir que Jesús entre y nos anime: **¡La paz sea contigo!**

Lo que San Pablo le escribió a Timoteo suena como si nos hubiera escrito para animarnos en estos tiempos. Dios nos dio el Espíritu de fortaleza, caridad y templanza.

El espíritu de fortaleza

En una época en la que a menudo nos sentimos débiles, es muy alentador que el Espíritu Santo quiera darnos fortaleza. ¿No sentimos con demasiada frecuencia que somos débiles, sin determinación? Debemos ser firmes y decididos, pero nos sentimos inseguros y hemos perdido nuestra fortaleza, ¿no es así? Hoy en día vivimos en una situación en la que debemos tomar decisiones, pero tomar decisiones diferentes y de una manera diferente a la habitual. Antes de la pandemia teníamos que tomar decisiones en situaciones familiares, ahora nos enfrentamos a una situación completamente nueva, que necesita un nuevo enfoque y nuevas decisiones. Tenemos que cambiar nuestra forma de pensar, la forma de vida, y eso se llama conversión. Se necesita la mayor parte de la fortaleza del Espíritu para cambiarnos a nosotros mismos.

El Espíritu no nos da fortaleza para ser superiores a los demás, sino para guiarnos a toda la verdad;³ para ver quiénes somos realmente y qué tenemos que hacer. La mayor fortaleza que necesitamos es cambiar, servir a los demás, tomar decisiones a favor de nuestros hermanos, nuestros vecinos y encontrar las formas adecuadas, individualmente y también en nuestras fraternidades, para hacer lo mejor por ellos. "Todo, entonces, depende de nuestra capacidad para ver la necesidad de un cambio de corazón, actitudes y estilos de vida"⁴. Este tipo de conversión es la manera de vivir la obediencia a nuestra manera Franciscana Seglar, entendiendo bien que el Espíritu Santo nos da su fortaleza: el poder sobre nosotros mismos.

El espíritu de templanza

Hay una situación completamente nueva en el mundo que nos rodea que tenemos que enfrentar. Pero no solo eso. Además, en nuestra vida personal e individual nos enfrentamos a situaciones que nunca antes habíamos vivido. Es una buena oportunidad para repasar qué es realmente necesario

² Jn 21,:3

³ cf. Jn 16,13

⁴ pp Francis: Fratelli Tutti, 166

de todas esas cosas que ahora nos faltan. Solíamos estar contentos de que se pudieran cumplir tantos deseos, tantas cosas que pudiéramos tener y pudiéramos vivir, y ahora las extrañamos. Es hora de mantener la penitencia y pensar en ello en silencio, si realmente necesitamos todas esas cosas que anhelamos. Seguro que hay muchos que realmente necesitamos, pero seguro que no todos. Este es un buen momento en el que, con la ayuda del Espíritu Santo, nos miramos a nosotros mismos y vemos cómo los franciscanos seculares vivimos nuestro tipo especial de pobreza. ¿Cuánto necesitamos (en términos de cosas materiales y también en términos de cosas espirituales), y por qué es innecesario anhelar? ¿Cuántas cosas nos quedan que podamos compartir con nuestros hermanos, que están más necesitados, que se encuentran en una situación más difícil que yo? Escuchemos al Espíritu Santo, ¡cómo practicar nuestro autocontrol!

El espíritu de caridad (amor)

Es imposible amar si no hay alguien a quien amar. “*«No es bueno que el hombre esté solo. Le voy a hacer alguien que sea una ayuda adecuada para él.»*⁵”. Somos creados y destinados a convivir con los demás; a estar en comunidad, a amar y a ser amados. El corazón de nuestra espiritualidad franciscana seglar es la fraternidad, donde experimentamos el amor de Dios y el amor de unos a otros. Y ahora falta este segundo, al menos en parte. Extrañamos los encuentros personales, las reuniones familiares, las reuniones de la fraternidad, a veces también la Santa Misa. Pero el amor de Dios nunca cesa. ¡Pensemos en lo bueno que será reencontrarnos! Qué bueno será encontrarnos con Dios en la Eucaristía, encontrarnos con los miembros de la familia, los hermanos y hermanas, darse abrazos, tomarse de la mano. Anhelamos, porque Dios ha puesto el amor en lo más profundo de nuestro corazón, para que nada pueda arrancarlo de allí. El amor no es algo teórico, queremos expresarlo, mostrarlo y sentirlo. El Espíritu Santo nos da esta experiencia de amor. Nuestros deseos puros son inspirados y satisfechos por el Espíritu, y el tiempo está cerca en el que podamos regocijarnos por ello nuevamente. “*Porque estoy convencido de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni los principados, ni lo presente, ni lo futuro, ni los poderes, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra criatura podrá separarnos del amor de Dios en Cristo Jesús Señor nuestro*”⁶.

El Espíritu Santo nos consuela y nos anima, ¡escuchémoslo! Se nos pide que digamos no al miedo, no a la desesperanza, no a la frustración, no a la desesperación, pero sí a una nueva iniciativa valiente, sí a una esperanza para el futuro, sí a descubrir el bien, sí a encontrar el camino correcto. Vive y obra en nosotros, pero no actúa en nuestro lugar. Tenemos que descubrir cuál es nuestra parte por hacer. No tengas miedo cuando te enfrentes a las tentaciones. El Espíritu nos fortalecerá para ver con los ojos, oír con los oídos y sentir con el corazón. Así es como traeremos los frutos del Espíritu. No se pueden fabricar frutos. No se trata de nuestra valentía, de nuestras habilidades, sino de estar abiertos al Espíritu. Los frutos están creciendo, por la gracia y la bondad de Dios. ¡Estemos abiertos y libres para traer los frutos del Espíritu!

Estando profundamente convencido de que en este Pentecostés el Espíritu Santo nos concederá abundantemente, espíritu de fortaleza, caridad y templanza, ¡les deseo un Pentecostés muy

⁵ Gen 2, 18

⁶ Rm 8,38-39

bendecido y gozoso! Que este sea el tiempo de la renovación, una primavera en la que todas esas semillas que hemos estado cuidado durante este -más de un año, en las oraciones individuales, en el silencio, en el aislamiento, habiendo ofrecido nuestras dificultades, nuestros sufrimientos, se convertirán en flores y frutos para alimentarnos y deleitarnos a nosotros y a los que nos rodean.

Señor, déjanos ser el agua de tu río, para que podamos llevar vida del manantial a quienes tanto lo necesitan.

Señor, déjanos ser tu suelo, para que podamos acoger tus semillas y traer frutos, ofreciendo así tu alimento a los que tienen hambre de tus palabras y tu espiritualidad.

Señor, déjanos ser tu fuego, para iluminar las tinieblas del mundo y calentar el alma de quienes sienten el frío del sufrimiento, el aislamiento, las penurias.

Señor, déjanos ser tu viento para que podamos traer aire fresco, para que podamos limpiar el polvo de los malos pensamientos e ideas, y podamos inspirar a la gente a abrir las ventanas y puertas, dejando entrar tu Espíritu, y que podamos ayudarlos a respirar profundamente, sintiendo la libertad de los hijos de Dios.

Señor, déjanos ser el barro en tus manos, danos la forma de una vasija, como desees, para que siendo piezas únicas de tu amorosa obra, podamos llevar ese regalo tuyo a los demás que mejor nos corresponda.

Señor, déjanos ser tu árbol frutal, para que traigamos muchos de tus frutos y seamos como el que da hogar al pájaro en sus ramas y los niños esten deseosos de trepar.

¡Ven, Espíritu Santo, ven!

Su hermano y Ministro,



Tibor Kauser
CIOFS Ministro General

